

Relato, fábula, parábola (La lengua como mito)

Suele pensarse que los mitos son historias fabulosas que las culturas «primitivas» inventan para explicarse de algún modo los fenómenos naturales. Esta idea ha campeado con tanta fuerza a lo largo de la historia que ha tenido tiempo de sobra para colarse entre nuestros hábitos mentales, para los que *mito* es sinónimo de engaño (lo mismo que *fábula*) y remite al universo de las supersticiones. Hoy, sin embargo, esta opinión no goza de mucho crédito entre los especialistas. Para los mitógrafos modernos el mito sigue siendo todavía un relato, pero ya no es necesariamente un vano ensayo de explicación precientífica. En 1936, en su famoso libro *El amor y Occidente*, Denis de Rougemont decía que

un mito es una historia, una fábula simbólica, simple y patente, que resume un número infinito de situaciones más o menos análogas. El mito permite captar de un vistazo cierto tipo de *relaciones constantes* y destacarlas del revoltijo de las apariencias cotidianas. En un sentido más estricto, los mitos traducen las *reglas de conducta* de un grupo social o religioso.

De esta concepción podríamos deducir, por ejemplo, que la figura de Zeus, más que intentar *explicar* al rayo, lo *expresa* en el mundo de los hombres (y particularmente en el de los griegos clásicos), que lo ven como un *misterio*, no como una incógnita planteada sólo para la razón. Por eso, creo, dice Rougemont que «necesitamos de un mito para expresar el hecho oscuro e inconfesable de que la pasión está vinculada con la muerte»; vínculo que difícilmente podríamos colocar entre los fenómenos naturales. El mito que expresa tal «hecho oscuro», como saben ustedes, es el de Tristán e Isolda, que se formó en la Europa medieval y que —según la tesis principal de *El amor y Occidente*— aún rige la conducta amorosa de nuestra civilización.

La leyenda de Tristán e Isolda nos sirve como ejemplo para mostrar que no todos los mitos son «primitivos» ni todos son estrictamente «religiosos» (podríamos decir, en este sentido, que hay mitos modernos, por lo demás ajenos a la religión: Don Juan, Frankenstein, etc.), lo cual nos permite desbrozar mucha de la selva racionalista de las antiguas definiciones de mito. Tanto, quizá, que tendremos que conformarnos con decir que los mitos son relatos simbólicos que expresan el sentido más íntimo y fundamental de las relaciones del hombre con el mundo (donde caben, desde luego, la naturaleza, los dioses y los otros hombres). Es sin duda la expresión de esta intimidad con el mundo lo que da a los relatos míticos su poder de fascinación y su misterio.

Ahora bien, en cuanto relatos, los mitos nacen atados a la lengua natural (y no ha fatado un filósofo que diga incluso que son «una enfermedad del lenguaje»), pero la relación entre mito y lengua natural es cuando menos paradójica. Por una parte es imposible pensar en un relato mítico que prescindiera del lenguaje; pero, por otra, el origen del lenguaje no sólo no puede expresarse sin echar mano del mito sino que a veces la lengua natural se presenta a sí misma como un relato mítico, como si hubiese nacido en el momento preciso de narrar un mito. Me explicaré.

Las palabras *mito* y *fábula* comparten en nuestra lengua la acepción de «mentira». No olvidemos, sin embargo, que comparten además la acepción de «relato, cuento», que al parecer es más antigua, aunque sería difícil probarlo. De hecho, ya en latín la palabra *fabula* (derivada de *fari*, «hablar») significaba tanto «conversación» como «relato sin garantía histórica». *Fabula* prohijó el verbo *fabulari*, que ya en español se transformó en *hablar*, y finalmente en *hablar*. El italiano, el francés y el catalán siguieron un camino muy similar a partir de un vocablo distinto, que sin embargo tenía también el sentido de «relato», *parabola*, y así dicen *parler*, *parlá* y *parlar*. (El español recurre a veces a esa misma forma para referirse a cosas relacionadas con «hablar», como cuando decimos *parlanchín*, *parloteo*, *parlamento*, etc.).

Pero eso no es todo, pues el inglés, que no es lengua derivada del latín, también relaciona el verbo *to talk*, «hablar», con *tale*, «relato» (vocablos a su vez emparentados con nuestro *dolo*, proveniente del latín *dolus*, «astucia, fraude, engaño»). Esta similitud entre el inglés y las lenguas romances sugiere que la asociación entre *hablar*, *contar* y *mentir* tiene un origen común muy arcaico, seguramente indoeuropeo, pero no nos ocuparemos de él ahora. Diremos, en cambio, a modo de resumen, que la lengua se presenta a sí misma, al menos imaginariamente, como relato. Cuando habla por primera vez, *fabula*, cuenta historias (seguramente «falsas», míticas). Es como si estuviera en su naturaleza abandonarse de inmediato, apenas nacida, al impulso de contar cuentos fascinantes; es decir, fábulas, parábolas y mitos. Y es que, a decir verdad, la lengua natural parece estar constituida por ellos. Por eso no necesitamos proponer un marco religioso ni, mucho

menos, «primitivo», para calificar de mito un relato: nos basta con que exprese de algún modo la misteriosa relación del hombre con el mundo («un hecho oscuro», como dice Rougemont, que se repite infinitas veces); es decir, que exprese, en lo que tiene de inexplicable, la intimidad de nuestra comunión con él.

FRANCISCO SEGOVIA